

INDIOS, NEGROS Y MESTIZOS EN LA INDEPENDENCIA

Heraclio Bonilla, ed.

Bogotá: Planeta; Universidad Nacional de Colombia, 2010. 340 p.

Robinson Salazar Carreño

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

El libro compila catorce ponencias (correspondientes a igual número de capítulos) y una relatoría de varios expertos internacionales en temas de la Independencia de los países de la región andina, reunidos en un seminario que organizó el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia (sede Bogotá) entre el 27 y el 29 de agosto de 2008. La conmemoración del Bicentenario de la Independencia fue el momento para repensar la gesta emancipadora, plantear nuevas preguntas referentes a una diversidad de actores silenciados por la historiografía oficial, escudriñar en fuentes hasta el momento ocultas en los archivos y aplicar andamiajes teóricos novedosos. *Indios, negros y mestizos en la Independencia* ofrece a sus lectores diferentes versiones de la historia al preguntar por la gente anónima, la plebe, la muchedumbre o los subalternos, a quienes no se les puede desconocer su aporte a los procesos independentistas. El texto se halla estructurado en cinco partes, que corresponden a las naciones independizadas por Simón Bolívar, una relatoría realizada por Georges Lomné y la bibliografía.

A lo largo de la obra se estudia una diversidad de multitudes anónimas (indios, negros y mulatos —fueran esclavos o libertos—, mestizos, libres de todos los colores, cholos, la plebe o los subalternos) y su relación con el proceso de la Independencia de los cinco países de la región andina. Eran la gran mayoría de la población de aquella época, diferente en proporción demográfica, según la provincia y la jurisdicción del cabildo: los que trabajaban la tierra y los yacimientos mineros, cargaban mercancías en sus espaldas o a lomo de mula, se ubicaban en los sectores artesanales, arriaban el ganado, realizaban labores domésticas en las casas de los potentados, vendían mercancías en las calles, las plazas y las tiendas, o vivían “sin Dios,

ley ni rey”. Cada sector poblacional presentó una posición en relación con el proyecto independentista o realista; cada uno defendió unos privilegios, sus intereses y sus derechos adquiridos por un pacto consuetudinario con la Corona; cada uno buscó ser incluido en los gobiernos republicanos o en su contraparte realista, para adquirir derechos y libertades. No obstante, no hubo conexiones sociales y políticas entre ellos, ni, mucho menos, conciencia de cambio, lo cual aseguró el triunfo momentáneo de los ejércitos del rey y la posterior consolidación del poder de los blancos y los criollos ilustrados en la fundación de las repúblicas independientes.

Uno de los aportes más interesantes del libro en sus distintos capítulos es otorgarles a los sectores populares o subalternos un lugar trascendental en la historia de las luchas por la emancipación y dejar de lado la incompleta y parca interpretación de la Independencia que involucró a realistas y patriotas criollos que manipularon a su favor a mestizos, indios y esclavos para provocar revueltas y engrosar ejércitos. Hace visibles los objetivos, a veces poco perceptibles, las luchas y los “proyectos” (*inorgánicos*, como los denomina Óscar Almario en el capítulo 1) que defendieron, o trataron de hacerlo, aquellos sectores subalternos: la libertad de los esclavos, la defensa de la autonomía de las comunidades negras, las tierras y los privilegios de los indígenas, los desacuerdos con los llamados “malos gobiernos”, así como la conservación de los derechos consuetudinarios de los unos y de los otros.

Otro aspecto que rescatar en varios de los capítulos (no en todos) es la búsqueda, en la larga duración, de explicaciones a las reacciones que tomaron estos sectores a favor o en contra de la Independencia. Varios historiadores han entendido que no se puede tener un profundo conocimiento del proceso si se restringen los estudios a los años 1808 y 1825, sino que es necesario analizar toda la trama social, política, económica y cultura del período colonial tardío, e incluso más allá, en cada uno de los entes territoriales americanos. Así lo hicieron: Heraclio Bonilla (capítulo 14), al encontrar en las grandes rebeliones indígenas del sur andino de 1780-1781 los antecedentes de los desacuerdos entre los grupos indígenas durante la emancipación; Elina Lovera Reyes (capítulo 8), en las iniciales relaciones

pacíficas entre los *caquetíos* de Venezuela y los conquistadores españoles, y la posterior defensa indígena de los intereses de la Corona; Rocío Rueda y María Eugenia Chaves, en las luchas de los esclavos de Esmeraldas y Chota-Mira (capítulos 5 y 6) por defender durante la Independencia los derechos adquiridos por sus comunidades décadas atrás. En esto no fueron tan afortunados, por ejemplo, los historiadores colombianos Catalina Reyes y Jairo Gutiérrez (capítulos 2 y 4) para explicar las razones de la posición neutral de los indios de las provincias de Santafé, Tunja y Antioquia en la independencia de Colombia; o Ítala de Mamán (capítulo 11), con respecto a las razones para que los indios de Cochabamba asumieran una férrea resistencia contra los realistas luego de que estos tomaron el control de la provincia. Sin embargo, en tales vacíos hay ricos filones de investigación para futuros historiadores.

Otro elemento importante del libro es el enfoque regional, que ha posibilitado profundizar en ciertos sectores poblacionales de un territorio específico enmarcado por una provincia o una jurisdicción de cabildo, así se evitan las generalizaciones. Diferenciar a los indios realistas de Santa Marta (Nueva Granada), Pasto (Nueva Granada) y Coro (Venezuela) de los republicanos de Cochabamba (Bolivia), Cusco (Perú) y Puerto Viejo (Venezuela), así como la posición neutral de aquellos que habitaban las provincias de Tunja y Santafé (Nueva Granada); o a los negros realistas del valle del Patía (Nueva Granada) de los que optaron por el bando republicano, como los de Cartagena (Nueva Granada) y Esmeraldas (Quito). Igualmente, los vaivenes de los negros, esclavos y mulatos de Venezuela y Popayán para reclutarse en uno u otro bando, de acuerdo con los ofrecimientos de libertad y privilegios; o los viejos antagonismos de los indígenas peruanos y las débiles alianzas de criollos, mestizos e indios en aquel virreinato. Aquellos estudios han permitido matizar las diversas experiencias regionales y de segmentos populares frente a la Independencia, sin forzarlas a generalizaciones y a una sola expresión frente a los acontecimientos emancipadores.

Por otra parte, el enfoque regional ha permitido acceder a una variedad de fuentes desconocidas por la historia tradicional (llamada

“historia sagrada” por Miguel Izard en el capítulo 10), que contienen una valiosa información para ampliar las interpretaciones sobre la época. Desde aquella documentación se puede oír la voz de los subalternos y conocer sus acciones, sus alianzas, sus intereses, sus apropiaciones y las maniobras para conseguir sus objetivos. El ejemplo más evidente es el texto de Ester Aillón (capítulo 12), quien a través de las causas criminales seguidas contra el mulato Francisco Ríos reconstruyó el mundo social de los sectores populares y negros de La Plata (Sucre, actual Bolivia), y sus estrategias políticas en los motines contra las autoridades españolas de 1809 y 1810. También José Marcial Ramos (capítulo 9) logró construir pequeñas biografías de negros libres y esclavos destacados en la independencia venezolana por medio de la información dispersa en fuentes primarias y bibliográficas.

252


Finalmente, hay dos componentes más que rescatar del libro. El primero es el llamado de atención para realizar balances historiográficos no solo del período de la Independencia, sino de cualquier otro, lo cual hizo Alfonso Múnera (capítulo 3) al comparar las distintas versiones de la historia que se han producido sobre la intromisión de los sectores negros y mulatos en la independencia de Cartagena. El segundo es la visión desde un espectro más amplio, que desborde los límites provinciales y nacionales, para comparar las diversas experiencias de los denominados subalternos. Esta perspectiva fue la utilizada por Miguel Izard (capítulo 10) al describir, a lo largo del continente americano, los grupos que buscaron refugio en zonas inhóspitas para huir del control de las autoridades. Así mismo, Christine Hünefeldt (capítulo 13), al reflexionar en el marco sudamericano sobre los distintos mecanismos utilizados por líderes militares patriotas y realistas para reclutar esclavos, así como sobre las estrategias de estos últimos para hallar ubicaciones ventajosas en los ejércitos y la sociedad de los países independientes. Estos dos elementos permiten ampliar las formas para abordar el pasado, observar lo que se ha hecho y formular nuevas preguntas con las investigaciones de otros países y de las décadas pasadas.

Una de las preguntas que quedaron pendientes en la mayoría de los capítulos, y que no se han planteado muchos historiadores que estudian

la Independencia, es la cuestión de la inclusión o exclusión de los sectores indios, negros libres y esclavos y mestizos en la configuración de las naciones independientes. La historia de la Independencia no debe finalizar con las batallas definitivas, la rendición de las tropas del rey y la expulsión de los españoles de los territorios americanos. Es necesario también avanzar algunos años más para analizar cómo los líderes políticos y militares organizaron el Estado y, además, cómo sus decisiones afectaron a los diferentes sectores populares. En esto Óscar Almario (capítulo 1) avanza más allá de los años críticos de las guerras de la Independencia en la provincia de Popayán. Argumenta que las comunidades negras fueron excluidas de la nueva república, lo cual fue respondido con su libertad de hecho, el desmoronamiento del antiguo complejo esclavista agrominero, la formación de sociedades negras en libertad y la ocupación masiva del territorio. De igual modo, Heraclio Bonilla (capítulo 14) indica la forma como los indios peruanos se levantaron contra la república “traidora” y solicitaron el regreso del rey.

Un aspecto que brilla por su ausencia en el libro es la falta de mapas que les permitan a los lectores ubicar geográficamente la provincia o la localidad a la que hace referencia el capítulo. Más aún cuando se espera que el público no se restrinja a Colombia, sino que se amplíe a las cinco naciones del área andina. Se requieren estas ayudas que faciliten una mejor comprensión de los textos. Además, los planos cartográficos pueden enriquecer las interpretaciones del pasado que hacen los historiadores, como, por ejemplo, en la apropiación del territorio, su organización, su distribución y la lucha por controlarlo. No es una cuestión de determinismo geográfico, sino de tener en cuenta las variables del espacio para explicar las dinámicas económicas, sociales y políticas de la gesta emancipadora. Por ejemplo, ¿dónde está ubicado el partido de Puerto Viejo? Tatiana Hidrovo (capítulo 7) argumenta que su condición portuaria, fronteriza y periférica contribuyó a la apropiación de las ideas de soberanía y ciudadanía por parte de los indios de su distrito. Únicamente Elina Lovera (capítulo 8) presenta la localización de la ciudad de Coro y los centros urbanos bajo su jurisdicción, fuesen de indios, de negros, de blancos o de mestizos.